



## LA LEYENDA DE SAN VIRILLA DE LEIRE <sup>1</sup>



A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA EUSKARO D. CLAUDIO DE OTAEGUI.

---

El sol trasponía las cumbres excelsas de la sierra, cuando un monje venerable, de faz rugosa y luenga barba blanca, se dirigió con cansado paso hácia la desierta selva que en torno de su monasterio se extendía. Sus ojos reflejaban la bondad y el saber, y en los profundos surcos que cruzaban su frente se descubrían las huellas de una vida de combate. Era Virilla, el santo abad de Leire, que tras de prolongadas horas de oración y estudio buscaba esparcimiento para su espíritu en medio de aquella majestuosa naturaleza.

Encorvado sobre el nudoso báculo trepó lentamente por la abrupta cuesta, erizada de rudos peñascos, y fatigado ya detúvose en la orilla de un escondido manantial.

Los gigantes árboles, uniendo sus copas, formaban sobre la fuentecilla una elevada bóveda, y los acebos, los bojés y las hiedras de retorcidos troncos; extendiéndose en todas direcciones cerraban la

---

(1) Esta tradición popular, cuyo hecho fundamental es semejante al de la leyenda de *Los siete Durmientes*, y otras, comunes á diferentes comarcas de Europa, en ninguna se presenta, quizá, con más caracteres de autenticidad que en Leire, siendo muchos los historiadores que mencionan el milagroso éxtasis de San Virilla.

sombria gruta, en cuyo fondo se confundian el murmurio del agua y el gorjear de las aves.

Sentóse el religioso sobre un mohoso tronco, y fascinado por la ruda belleza de aquel sitio y la poesía de la hora crepuscular, dejó errar la fantasía, contemplando melancólicamente, allá, al Oriente, el sombrío piñon conocido hoy con el nombre de Ujué; hácia el Poniente los montes de Jaca que asomaban sus nevadas cumbres; el rio Aragon serpenteando en el fondo del extenso valle, y confundido con los peñascales, semi-oculto entre los girones de la niebla, aquel cenobio de San Salvador de Leire, cuyo tosco campanario emergia de la ondulante selva sosteniendo una sencilla cruz de hierro, signo bendito de nuestra redencion que parecia tender sus brazos protectores sobre las tierras nabarra y aragonesa.

Corria por entónces la segunda mitad del siglo VIII, y la ola cenagosa de la invasion sarracena inundaba el suelo español, extendiéndose hasta el pié de los *montes de Afranc*.<sup>1</sup> El simun del desierto, que parecia haberla traído sobre sus secas alas, llevaba hasta ellos el eco del trueno y ese malestar producido por la atmósfera saturada de electricidad que precede á las grandes tormentas.

Por fortuna, los riscos asturianos y las cumbres del Pirineo; ba-luarte colocado por Dios para contener todas las invasiones, permanecian extraños á la agitacion que se sentia en el resto de la península; y las únicas noticias de la irrupcion que llegaban á las escondidas tierras basconas las traian los fugitivos en ellas refugiados.

No es, pues, extraño que cuando Virilla comparaba la paz de aquellos salles con el hervor terrible que conmovia á otras comarcas; cuando pensaba en tantos cristianos cautivos ó bárbaramente sacrificados; en tantos santuarios cuyas torres convertia en alminares el feroz invasor, trocando, el eco santo de la campana cristiana por la coz impura del *almuédano* musulman; cuando tales horrores contemplaba y volvía despues los ojos á su dulce retiro Legeriense, donde solo se escuchaban el murmullo santo de la oracion y las voces augustas de la caridad y de la ciencia, no es extraño, decimos, que su corazon rebo-sase de amor y gratitud, comprendiendo que aquel apartado rincon era el albergue de la felicidad.

Y sin embargo: su alma sencilla, á la que la práctica continuada

---

(1) Con este nombre designaban los sarracenos a los Pirineos.

de la virtud prestaba ordinariamente la tranquilidad de un lago entre montañas, veíase de vez en cuando combatida por invencible tedio, cuya causa parecía ser, ¡cosa extraña! la misma placidez y normalidad de su existencia. En todo aquello que hiciera su delicia en otros tiempos le presentaba entónces un desencanto el enemigo de su tranquilidad; cuando, pocos años Antes, á invitacion del Rey de Asturias D. Fruela restauró Virilla el monasterio de Samos y otros varios cenobios de Galicia, toda su ambicion se cifraba en volverá contemplar la abrupta sierra de Leire, su celda amada, y aquella humilde aldehuela vecina donde habia visto la luz primera; pero no bien hubo regresado: miró ya indiferente lo mismo que de léjos le encantaba. Las risueñas campiñas que recorría cuando niño; el arroyo cuyo paradero se desconoce; el canto de las aves nunca oído; el sendero que se sigue sin conocer su término; el panorama espléndido; la gruta inexplorada que por vez primera se hace resonar con la salmodia de la oracion; todo eso que constituyera para su alma impresionable un mundo de dulcísimas sensaciones perdía su atractivo por efecto de la costumbre de contemplarlo; sobre todo ello caía el *tedio* como una densa niebla, haciéndole perder sus brillantes colores, su aspecto característico, y envolviéndolo en una tinta melancólica y monótona que parecia estenderse al alma misma!

En uno de esos crueles momentos de prueba se encontraba Virilla cuando levimos detenerse á orillas de la fuente y contemplar distraido el majestuoso cuadro que presentaban las sierras nabarras, sobre las que lentamente descendian las sombras de la noche; en vano se esforzaba por despertar en su decaído espíritu el entusiasmo de otros tiempos, pues nunca, quizás, sintió mayor abatimiento; cuanto miraba, cuanto discurría le causaba invencible hastío, y en el exceso de su hipocondría casi llegaba á mirar con envidia el estrépito horrible de la guerra, cuyos sucesos, por lo ménos, *cambiaban* de faz diariamente.

Perseguido, torturado sin descanso por sus pensamientos, buscó el sosiego donde siempre le habia hallado, en la oracion; procuró elevar su espíritu á Dios, y fijando los ojos en su crucifijo murmuró con vehemente acento:

—Socorredme, Señor; calmad esta sed insaciable de mi corazon; mire yo indiferente todo lo que es terreno, como viajero que pasa presuroso, y busque solo el cielo que es eterno!—

Pero no habia concluido su plegária, cuando una tentacion más

horrible que cuantas le habian atormentado hasta entónces pasó por su espíritu como huracan de fuego; un eco implacable parecia repetir en sus oídos su última palabra: *¡eterno!*

¡Eterno!, es decir, sin fin, sin término, sin alteracion, sin cambio!

¿Seria posible que él, Virilla, á quien la felicidad misma parecia con frecuencia intolerable siendo continuada, pudiera encontrarla en lo que nunca, jamás, en toda la eternidad habia de cesar?

Contrájose el semblante venerable del monje; llevóse las descarnadas manos á la frente cual si quisiese arrancar tan impía y loca idea; brilló en sus ojos un resplandor extraño, reflejo del fuego en que se abrasaba su alma atribulada, y exhalando un grito, horrorizado de lo que en el fondo de su espíritu surgia y se agitaba, postróse en tierra y humillando su cabeza hasta posarla sobre el barro de la gruta, exclamó:

—Dios mio, compadecéos de mí; vil gusano soy, tan vil como soberbio é indigno de veros; pero á través de las nieblas que oscurecen mi inteligencia, y de las tempestadas que rugen en mi corazon, yo creo vislumbrar algo de la hermosura de vuestra gloria; sé «que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazon humano pudo caber la grandeza de los bienes que Dios tiene preparados en el cielo para los que le aman;» sé que *«mil años ante los ojos de Dios son como el dia de ayer, que ya pasó!»*—

Detúvose Virilla, profundamente conmovido por este pensamiento, y sintió que recobraba la paz; en lo profundo de su alma estalló esplendente, robusta, pura, la luz de la fé y disipó las sombras que amenazaban oscurecerla. La tentacion estaba vencida y de la ruda prueba salia el santo triunfante y abrasado en el amor divino; levantó del barro la frente, y rendido por la lucha dejóse caer nuevamente sobre el carcomido tronco.

La tierra estaba ya envuelta en sombras; brillaban las estrellas en el cielo con temblorosa luz, como sobrecogidas por la mirada del Creador; el silencio del bosque era profundo; solo se escuchaban de vez en cuando las cautelosas pisadas de las fieras sobre las hojas secas, el aleteo de las aves nocturnas y el débil y cadencioso murmullo de la fuente.

Dispúsose el religioso á regresar al monasterio, inquieto por lo avanzado de la hora; pero un sonido de sin igual dulzura le detuvo:

era el Canto de una ave que parecia ocultarse entre las ramas de la gruta.

Su melodía conmovia lo profundo del alma; era una voz y creíase escuchar un concierto de voces; era cuanto de más bello ha resonado en oídos humanos, sublimado por un no sé qué de inefable pureza que parecia descender del cielo; algo en que pareciera reflejarse aquel amor divino tan expresiva y dulcemente pintado por San Bernardo; los acentos más tiernos, más grandiosos, más conmovedores que existen en la naturaleza; las armonías de la brisa y de la fuente; los rumores indefinibles de la selva; el llanto de los árboles despues de la tormenta cayendo sobre el sereno lago; era más que todo eso; algo que se comprende y no se explica; las notas frescas de las alegres risas infantiles; la inocencia, la pureza, la virtud, la santidad materializadas, si así puede decirse, en sonidos de expresion jamás oida.

El monje escuchaba absorto, desprendido por completo de este mundo; transportado á las regiones celestiales de donde bajaba, y á donde se dirigia aquella voz; la misteriosa avecilla continuaba cantando con creciente dulzura; su acento no recordaba ya los que se oyen ó adivinan en esta tierra, por sublimes que sean; era semejante á un eco de los coros angélicos, de los himnos de adoracion y de las infinitas armonías con que los bienaventurados saludan, alaban y bendicen al Dios tres veces santo!

Despues de largo rato debilitóse el canto gradualmente, cual si la avecilla se alejase; escuchóse un momento incierto, vago, y cesó por completo.

Experimentó Virilla entónces una impresion de inmensa tristeza y parecióle caer desde las nubes al fondo de una sima; abrió los ojos y elevólos al cielo buscando el origen de aquellas melodías, pero en vano. Solo se descubrian las estrellas que continuaban brillando temblorosas, y profundo silencio reinaba en el desierto monte.

Incorporóse el religioso, y notó que su cuerpo estaba entumecido; sentía un frio intolerable y una debilidad extremada. Púsose por fin penosamente en pié, y vacilante encaminóse al monasterio, pero costóle gran trabajo reconocer el terreno donde se encontraba, pues observó en él cambios inexplicables,

Guiado por el son de una campana, llegó, despues de largo rato, al convento, pero ni pudo encontrar su puerta ni en el vetusto muro se notaba señal de que hubiese existido donde la buscaba. Examinó

cuidadosamente el edificio y creció su confusion viendo que muchas ventanas que poco ántes había dejado abiertas estaban tapiadas y sustituidas por otras que él no conocia.

El monasterio le pareció más vasto, y envez de los tiernos olmos y robles que tras el ábside crecian elevábanse corpulentos y retorcidos árboles cuyas ramas sombreaban los tejados de losa.

Detúvose por fin Virilla ante una férrea puerta, y golpeó en ella rudamente; oyóse el rechinar de los cerrojos, y poco despues un religioso desconocido hizole entrar en un vasto zaguan provisto de toscos escaños. Sentóse el santo y miró estupefacto aquella estancia que no recordaba haber visto jamás.

Iluminábase el horizonte con los primeros resplandores del dia, y llamados por la campana se dirigian rezando numerosos monjes á trabajar al campo, provistos de pesados aperos. Detuviéronse respetuosos al pasar por delante del recién llegado y pronto se reunió en torno suyo toda la comunidad.

Adelantóse entónces el que la presidia y dijo dulcemente á Virilla:

—Padre; segun vuestro hábito perteneceis á la órden Benedictina, y esta llegada á hora tan desusada, y la fatiga que os rinde, demuestran que os extraviasteis en la sierra; bien venido seais al santo asilo de San Salvador, y bendito sea Dios que nos depara el favor de albergar y servir á un hermano.—

Intentó levantarse el santo, sin saber lo que significaban tan extrañas palabras, y exclamó tembloroso:

—Decidme, por caridad, si sueño. ¿Qué ha sucedido aquí? ¿Dónde me encuentro? ¿No es este el convento de Leire?

—Este es,—contestó el monje;—pero permitid que á mi vez os pregunte: ¿quién sois vos que tan sorprendido os mostrais por ello?

—Soy Virilla, abad de este monasterio, del que pocas horas hace me ausenté para pasear por la montaña,—balbuceó el santo con terror.

Pintóse en todos los rostros el asombro y miráronse los monjes con expresion de lástima creyendo demente al desconocido; pero tal era la seguridad con que este se expresaba, y tantos los detalles que suministró respecto del convento, que, por fin llegó á sospechase que en tan extraño suceso se ocultaba algo maravilloso.

Recordáronse ciertas noticias que por tradicion se sabian; examináronse los vetustos pergaminos del archivo, y por ellos se vió que, en efecto, más de trescientos años ántes gobernó el monasterio Le-

geriense el abad Virilla, religioso santo que se suponía haber sido devorado por las fieras, pues habiendo salido cierta tarde al vecino monte nada había vuelto á saberse de él.

Esclarecióse más y más el extraordinario acontecimiento; recordó Virilla su tentación, su lucha, su éxtasis escuchando al pajarillo del cielo; y comprendió que los que él juzgó breves momentos habían durado siglos, gracias á la misericordia infinita del Señor, que tan milagrosamente le aleccionaba y se dignaba fortalecer su fé.

Descendió entónces á la sombría cripta en compañía de la comunidad; preparóse á dejar este mundo, y despues de recibir los últimos sacramentos y de pasar dos dias en fervorosas oraciones, voló su santa alma á las mansiones celestiales.

---

Si visitais la sierra de Leire vereis que de aquel poderoso y venerando monasterio, que Sancho el Mayor llamaba «*Corte y corazon de todo su Reino,*» solo subsisten la iglesia y la antiquísima cripta, semejantes en solidez á la fé de los que las erigieran; el resto está convertido en informes montones de escombros y desplomados muros. Donde no pudieron poner su inmunda planta los sarracenos llegaron con sus sacrílegas y tiránicas leyes otros vándalos nacidos en España, desapareciendo el que fué baluarte sagrado é inexpugnable de la independencia nabarra y grandioso foco de santidad y ciencia que brilló esplendoroso durante más de diez siglos!

Como consecuencia de ello, la preciosa y rica biblioteca, que ya en el siglo IX admiró San Eulogio de Córdoba, fué criminalmente aventada por manos ignorantes ó rapaces; rodaron por el cieno los huesos de los heroicos reyes nabarros; perdiéronse joyas inapreciables para la religion, la historia y el arte; y las reliquias que enriquecían el templo Legeriense—entre las cuales se encontraban las del abad San Virilla,—fueron extraídas de las silenciosas bóvedas y trasladadas á otras iglesias.

Dos cosas, sin embargo, se conservan intactas todavía: en el monte del monasterio la fuente donde se dice ocurrió el milagroso ensueño del santo abad; en la memoria del pueblo la tradicion piadosa que hemos relatado.